

CARMEN MONTEJO y J. I. Lanza en *Lo que no se Dice*

Febrero, mes del

TEATRO CUBANO

UNA MAGNÍFICA escenografía de María Julia Casanova para la Sala Hubert de Blanck. El ambiente criollo cubano logra aquí acabada expresión

Es por demás halagador poder constatar, que cuatro meses después de haberse celebrado en México, el Primer Congreso Panamericano de Teatro, un país, pequeño en cuanto a su extensión, pero grande en cuanto a su entusiasmo, realiza con fervorosa pasión, el Mes de Teatro Cubano.

Es así como Cuba se da a la tarea, nada fácil por cierto, de dar cumplimiento a uno de los acuerdos del Congreso, en donde se estipula que los países de América deben tener un Teatro Nacional que sea expresión de su propia vida, para que las similitudes que den homogeneidad al Teatro de América, sean el producto natural de las similitudes que dan homogeneidad a la vida de América, aspirando a que el Teatro de América sea una entidad del Teatro Universal, pero conservando sus características propias del mismo modo que América forma parte del concierto universal de las naciones sin renunciar a su propia vida.

Para los artistas y trabajadores del teatro en Cuba, no pasaron inadvertidas las palabras, que en su discurso de salutación y bienvenida a los congresistas hiciera el Lic. Miguel Alvarez Acosta, Director General del Instituto Nacional de Bellas Artes: "El ideal en que se ha inspirado este Congreso, puede sintetizarse en estas dos fórmulas concisas; poner el teatro contemporáneo en aptitud de expresar con mayor fidelidad y acierto el alma del hombre y los signos del tiempo; y hacer de esta consulta una razón más de amistad entre nuestros países. Para acercarnos a esa meta de perfección, nos bastará constancia, organización y una profunda fe en América".

Pues bien, ese llamado a la constancia, organización y profunda fe en su propio país, que patentiza a la vez, su profunda fe en América, es lo que durante el mes de febrero realiza el teatro en Cuba.

Los autores cubanos, y ellos mismos así lo reconocen, no han logrado plasmar aún las grandes obras dramáticas, pero en las realizadas hasta ahora, es en donde se expresa mejor el sentir de su propio pueblo, es en donde se les habla ya con su propio lenguaje. Es por ello, que esta celebración, trae además, consigo, el mejor estímulo que se pueda ofrecer a los autores, que ven así representadas sus obras, y que se traducirá en un esfuerzo mayor por parte de ellos mismos, para la creación de obras que cada día tengan una mayor calidad.

Esta celebración se ha podido efectuar, gracias al entusiasmo y desinterés de la Unión de Salas Teatrales de La Habana, que agrupa a ocho salas que trabajan como empresa privada, y a la Sala de Bellas Artes, dependiente del propio Instituto.

Esta generosa idea ha sido apoyada, desde luego, por toda la prensa cubana, siempre atenta a ayudar todo intento serio y noble que aspire a una superación; por el comercio de La Habana, y desde luego por un público ávido de su propio conocimiento y perfeccionamiento, que ha acudido sin reparo, a aplaudir, y aun criticar, la obra de sus propios artistas teatrales.

Mención especial merecen los artistas y técnicos que trabajan estas obras —según propias palabras— como si fueran las mejores del mundo.

Sería posible pensar que las Salas Teatrales se hicieron solidarias de esta idea, pero que se limitan a cumplir un compromiso contraído entre ellas, y que cada quien trabaja por su cuenta, y sin embargo, nada más lejos de la realidad. Es agradable observar cómo, con noble desinterés, y recordando a Lope de Vega en Fuenteovejuna, *todos a una* anuncian el Mes de Teatro Cubano, e incluso expresan en sus programas, cosas como éstas: "Nuestro saludo a nuestros compañeros de los otros grupos teatrales, a los que deseamos unirnos más fuertemente, para trabajar en una dirección común que colme nuestras aspiraciones de un teatro mejor, más firme, definitivamente consolidado".

La Sala Hubert de Blanck abrió el fuego con la comedia de costumbres de alta sociedad: *Lo que no se dice*, reestreno de Isabel F. de Amado Blanco y Cuqui Ponce de León, quien también dirige; la escenografía magnífica de María Julia Casanova, y la actuación de una primerísima actriz que es gloria de Cuba por los premios y honores conquistados en varios países de América, al través del radio, televisión, cine y teatro, que colaborando también, generosamente da su aportación al teatro cubano: Carmen Montejo, a quien la escena mexicana considera como uno de sus mejores elementos. En la Sala Atelier, y bajo la dirección y con la actuación de Adolfo de Luis, se presenta un estreno de Virgilio Piñeira, titulado *La Boda. El Sótano*, reestrena la obra de su director, Paco Alfonso, que tiene el sugestivo título de: *Ya no me dueles, Luna*. En Prado 206, se reestrena la magnífica pieza de Rafael Suárez Solís, que tanto éxito tuvo hace años en su estreno por el Patronato, *La Rebelión de las Canas*. La Sala Talía presenta el estreno de una obra de Enrique Núñez Rodríguez titulada *Gracias, doctor*, con Minín Bujones y Eduardo Egea como protagonistas. El grupo de *Las Máscaras* tiene otro estreno en su propio local: *La víctima*, de María Luisa Alvarez Rio, bajo la dirección de Andrés Castro. En *Prometeo* cubren con el reestreno de *Electra Garrigo* de Virgilio Piñera y la dirección de Francisco Morin.

Este esfuerzo ha impulsado, además, a las salas teatrales, a presentar exposiciones que confirmen el trabajo realizado por cada una de ellas, y en general, ya sea por medio de caricaturas de sus mejores artistas, ya sea con la presentación de bocetos o escenografías, en fotografías u originales, además de obras y objetos pertenecientes a los artistas más conocidos que pronto se podrán reunir para formar el Museo Teatral.

Es por demás decir que los mejores elementos técnicos y artísticos hacen acto de presencia, y que a esta labor conjunta de salas teatrales, actores, directores, escenógrafos, iluminadores, musicólogos, toda la prensa cubana y público en general, no cabe sino aplaudir su fervoroso entusiasmo, y desear que el teatro en Cuba siga por ese camino de superación para el mejor conocimiento de sus propios problemas, al través de esta expresión artística, patentizando, al mismo tiempo, su profunda fe en América.

